

Ojo por ojo, diente por diente, libro por... ¿libro?



Mateo Castaño
Ospina*

*Lo bueno de robar libros (y no cajas fuertes)
es que uno puede examinar con
detenimiento su contenido
antes de perpetrar el delito.*

ROBERTO BOLAÑO

Existen todo tipo de relaciones con los libros. Hay quienes los compran y jamás los leen, pero tenerlos en su estante, biblioteca, piso o escritorio, los llena de placer. Hay quienes escriben en ellos notas, poemas, citas y, además, solo les parece hacerlo con lápiz; mientras hay quienes los rayan con lo que sea que tengan a la mano. También están los que piensan que rayar un libro es todo un sacrilegio, como profanar un templo sagrado. Existe, entre todas estas relaciones especialmente íntimas, una particular y que, generalmente, no es bien vista (por suerte, en esta historia la moral de bolsillo la dejaremos de lado). Estoy hablando, en efecto, del mismísimo acto de robar un libro.

Le pido se pregunte, antes de continuar leyendo esta carta, mi última carta, lo siguiente: si le dejan solo con el libro que usted más ha admirado, releído y devorado, para ser más exactos: la copia original del autor, que además vale una fortuna, mucho más que todas las réplicas y ediciones, ¿usted lo toma y escapa, aun sabiendo que le van a liquidar y su nombre saldrá en todos los periódicos

* Estudiante de Creación Literaria de la Universidad Central. mcastanoo@ucentral.edu.co

del país o simplemente lo admira por un instante, ríe falsamente y dice algo ridículo relacionado con el hecho de que robarlo sería toda una hazaña romántica, se rasca la cabeza con nerviosismo mal disimulado y deja que su única oportunidad se le escape entre los dedos? Bueno, yo no soy de esos que ven su propia vida pasar, como si se tratase de una mala comedia.

Procederé mencionando que hay múltiples artificios para apoderarse de un libro ajeno, en los cuales he incursionado desde joven. Todo comenzó cuando hice mi servicio social en la biblioteca del pueblo en el que viví mi juventud. Ah, cómo olvidar aquellas tardes lluviosas: organizaba, categorizaba y, por supuesto, ojeaba libros todas las tardes de los martes y jueves después de la escuela. Un día mi supervisor me dijo, apuntándome con su dedo índice, seguido de un trueno: *Eh, tú. Sí, tú. Vete al cuarto de atrás. Está lloviendo fuerte. Revisa si hay alguna gotera y si ese es el caso, repárala con eso*, y echó un vistazo a la esquina, donde había algo de silicona, cinta aislante y una escalera de madera. Tomé las cosas, crucé el patio al cuarto del fondo y con las gotas de lluvia chorreando por mi cara entré y prendí la luz que titilaba, dificultando mi labor.

Para ese entonces, solo había leído un par de libros: no era el maniaco lector que ahora soy. A cualquier persona que haya robado libros, le encantaría jactarse de haber robado un García Lorca o un Borges, por ejemplo. Sin embargo, como le comento, yo solo era un estúpido joven con pereza y breves espasmos eléctricos de adrenalina, como el que estoy a punto de confesar.

En aquel cuarto había tres goteras, de las cuales solo una afectaba el material. Reparé la más crítica y, al ver los libros que estaban más afectados, un título llamó mi atención: *Ideas delirantes*, un pequeño libro de poesía descompuesto y con signos de hongos debido a la humedad. Lo sequé lo más que pude y lo guardé en el bolsillo izquierdo de mi pantalón. Cuando entré al cuarto donde estaba el supervisor, le pregunté qué harían con los libros afectados, él solo respondió desalmado: *Los botaremos, ¿qué más?* Mis manos sudaban y, por primera vez en mi vida, sentí piedad. *En mi bolsillo estás bien*, me dije hacia dentro.

Una vez comienzas es imposible parar.

En esa biblioteca me robé aproximadamente veinticinco, entre nuevos que llegaban y no estaban registrados y nunca lo estuvieron, y viejos olvidados, destartalados y que más de una vez me hicieron pensar que en mi casa estarían mil veces mejor. La cosa se puso compleja cuando llegué a la ciudad o, bueno, por lo menos lo era en ciertas bibliotecas y librerías. Por esos días tenía una ley de oro: no robar a los libreros independientes o que se hacen en la calle y que muchas veces no conocen las joyas que poseen.

Una tarde calurosa, tanto que me impidió llevar mi abrigo extragrande, con el cual podía o bien robarme cinco libros pequeños o unos dos o tres medianos, vi por primera vez a Lucía deambulando por los pasillos de una librería, en la cual había robado ya dos veces en los últimos cinco meses (cabe aclarar que la mejor estrategia para no ser atrapado es evitar ir más de tres veces al mismo lugar sin comprar o alquilar un libro. La gente comienza a sospechar).

Volviendo a Lucía, yo observaba sus pasos torpes arrastrarse por la sección de no-ficción, cuando vaciló por pocos segundos, miró a su alrededor en repetidas ocasiones y, con toda autoridad y confianza, guardó un libro dentro de su bolso. ¡Otra *cleptómana literaria!*, pensé. La seguí sin que pudiese percatarse de mi insistente mirada. Se quedó un buen tiempo en la sección de cuentos, al parecer, estaba indecisa entre qué libro sería el afortunado, o quizá examinaba con detenimiento el contenido de la caja fuerte que estaba por asaltar, antes de cometer el acto en sí. La esperé a la salida y cuando por fin la vi, le dije que yo también robaba libros. Ella no dijo nada, solo me ignoró y siguió caminando como si yo no hubiese dicho palabra alguna.

Lucía no salía de mi cabeza. Cierta pulsión negativa brotaba de mis entrañas, empujándome a salir todas las mañanas a robar libros en diferentes librerías y bibliotecas de la zona, con el fin de verla de nuevo, de seguir sus pasos, de sentir cómo se tensiona el ambiente que nos rodea cuando nos encontramos en pleno asalto.

Un bochornoso domingo por la mañana, con las sábanas pegadas a mi piel, decidí salir a dar un paseo; tenía claro que debía reprimir por completo mi necesidad de robar libros, pues todas



↓
Fuente: Flickr.com

las librerías y bibliotecas cierran los domingos. Ya había terminado de leer el que robé aquella tarde en la que atrapé a Lucía y mi ansiedad estaba por las nubes. Después de unos quince minutos caminando, vi a lo lejos una venta de libros de segunda en pleno andén. Decidí acercarme a echar un ojo, pero bien sabía que no podía robar a este librero callejero y romper mi regla de oro, por lo que decidí charlar un poco con aquel hombre. Le pregunté si tenía algo de nadaísmo, soltó una fuerte carcajada y luego me miró y me dijo: solo vendo cosas serias. Lo miré en silencio largamente. Mientras él organizaba unos libros y daba la espalda a la mitad de su material, vi a una persona con capota tomar rápidamente un libro y seguir su camino como si nada hubiese pasado. Restregué mis ojos, tratando de entender qué pasaba, mientras el vendedor volvía a mí con un libro en sus manos; pretendía contarme algo al respecto y yo solo le dije que pronto regresaba. Seguí a ese ladrón de libros un largo rato y cuando por fin lo tuve cerca, en la parada de bus, pude ver su cara: ¡era Lucía!

Conversamos todo el recorrido. Le conté acerca de mi regla de oro, y por qué me parecía terrible que robara libros a los

libreros de calle y costal. Lucía me dijo que eran patrañas, que ella toda su vida había sido librera independiente y que ese gremio forma a los más grandes cleptómanos literarios. Me enseñó su biblioteca personal y, desde luego, me requisó brevemente a la salida. Me contó que tampoco presta libros, ya que, en palabras suyas: *el que presta un libro es pendejo, pero más pendejo es el que lo devuelve*. Recuerdo con gran fervor el primer libro que fui incapaz de devolver.

Mi mejor amigo se había robado por esos días una excelente traducción de las *Memorias de Adriano*, pasta dura, en una biblioteca municipal. Yo le dije que me lo prestara, que yo lo cuidaría, que no se preocupara. Bueno, el libro lo he cuidado bastante, no tanto como nuestra amistad, la cual culminó esa noche fría en la que Rodrigo decidió terminar con todas mis evasivas y me abordó en mi propia casa. Le dije repetidas veces que ya se lo había devuelto, hasta el punto de que creyó creerme; sin embargo, nunca me volvió a hablar. Su libro aún reposa en el armario secreto de mi casa. Ni Rodrigo ni yo ni nadie podrá disfrutar más nunca de él.

Extraño leer. Aunque, por más raro que parezca, extraño más robar libros; la adrenalina corriendo por mis venas, el complejo rito de desempacarlos estando solo en casa, en caso de que sea nuevo, o de oler sus páginas en la intimidad de mi cuarto cuando se trata de uno viejo. El día que me ingresaron a prisión pregunté si podía llevar conmigo un par de libros, los guardias rieron y contestaron: *pero claro, ¿cuál quiere, su majestad? No me diga que el que se robó*. O, *bueno, si nos confiesa dónde está, podríamos hablar con la jueza para que reconsidere la pena de muerte*. No dije nada. Lastimosamente en esta prisión no hay biblioteca, si no, ya habría yo reducido el poco material. Los días se hacen largos y solo sueño con robar libros, meterlos en abrigos gigantes, en pantalones, bolsos, bolsillos, gorros, maletas y canguros. Sueño con Lucía libre por la ciudad vendiendo libros robados a niños, ancianos y adultos.

Ella siempre sintió celos de mis ejemplares. Nunca soportó que la vida me diera la oportunidad de robar los libros que robé. Únicas ediciones, primeras ediciones, originales de autores casi imposibles de conseguir, si no increíblemente caros, ediciones

con exóticas dedicatorias a personas que nunca conocí pero sí robé, antologías firmadas por varios y varias poetas. En fin, Lucía nunca se animaba a cometer un gran crimen, como les decía yo a esos robos en los cuales nunca nadie dudaba de mí. ¿Mi error, por el cual estoy en prisión? Haber confiado en ella, haber pensado que ambos éramos como tumbas. Me doy cuenta, ahora, a pocas horas de mi destrucción total, que solo yo soy la tumba.

Habíamos entablado una relación bastante armoniosa, en la que ambos robábamos libros y nos los compartíamos, nos regalábamos libros que saqueábamos en fiestas, reuniones, ventas de garaje, bibliotecas y librerías. Disfrutábamos profundamente del libro álbum, y era casi un rito leer uno, ya que la mayoría de los libros para niños son gigantes y robárselos es toda una osadía, luego una odisea. Supongo que, poco a poco, calladamente, fue acumulando un odio punzante hacia mí o quizás hacia mis libros robados, o mi habilidad para robar los libros; al fin y al cabo, todo es lo mismo, todo es yo, todo es esto, que ahora es nada. Lucía le informó a la policía de mis libros, los condujo a mi hogar y les mostró todo, excepto el armario secreto... Lucía me redujo a un cubículo, me quitó lo que más amaba en mi vida, me engañó y me hizo pasar por loco, pues en su casa nunca encontraron los muchos libros que yo dije que ella había robado.

Por los pasillos corre un rumor increíble, en el estricto sentido de que no es creíble, no se traga con facilidad: Ladrón de libros condenado a pena de muerte. Ayer soñé con una prisión que tenía biblioteca y por eso esta mañana desperté feliz a pesar de mi inminente final que, bañado en la ironía de nunca haber creído en el destino, sino que todo se debía al azar, está programado para esta noche. Destrucción, final, último viaje.

Quisiera robar un último libro. ○